

VILLA DE TUNTE

1848/1894

*Novela historiada de un pueblo que, piedra a piedra,
levantó el Paso de la Plata*

FRAGMENTO GRATUITO

Prólogo completo

Antes de que el camino tuviera nombre

José Carlos Martín Yáñez

pepeyanez.com

PRÓLOGO

Antes de que el camino tuviera nombre

I — Claret en Tirajana, 1848

Antes de que la peste cerrara las puertas de la isla, antes de que el miedo caminara por las veredas con la cara tapada, antes de que dos jesuitas llamaran a una casa de Teror buscando amparo, hubo en Tirajana una visita que el pueblo guardó en la memoria como se guarda una brasa debajo de la ceniza.

Fue en 1848.

En el mismo año en que nacía en Teror Antonio Yáñez, el misionero subía por el barranco de Tirajana vestido con hábito pobre, de lana oscura, áspera, gastada por el roce del viaje. Calzaba sandalias de cuero. No traía carruaje ni aparato de autoridad. No venía precedido por música ni por comitiva solemne. Subía a pie, con el cuerpo sometido al polvo del camino, como subían los pobres, los penitentes, los arrieros y los hombres que no tenían más lujo que llegar.

Era Antonio María Claret, pero en la boca del pueblo ya empezaba a ser otra cosa: el Padrito.

El barranco no era camino fácil. Allí la tierra parecía abierta por una mano antigua: paredes secas, piedras calientes, tabaibas agarradas donde podían, el eco del agua ausente, el sol golpeando con una claridad dura.

Cada recodo exigía respiración. Cada subida obligaba a bajar la mirada al suelo. El santo no caminaba sobre una estampa, sino sobre piedra viva.

Primero llegó a Santa Lucía. La noticia había corrido antes que él. En los pagos se hablaba de aquel fraile pe-

queño, de palabra encendida, que no predicaba desde la distancia sino desde una cercanía que desarmaba. Decían que miraba a la gente como si ya la conociera; que hablaba del pecado sin humillar; que pedía conversión sin despreciar la miseria; que no usaba la fe como vara de castigo, sino como llamada.

Desde Santa Lucía siguió hacia Tunte. Y entonces ocurrió algo que no pertenece solo a la historia, sino a esa memoria profunda de los pueblos cuando sienten que algo los convoca por dentro. La Caldera pareció responder. Desde los pagos comenzaron a llegar hombres, mujeres, viejos, muchachos, madres con niños en brazos, pastores, arrieros, campesinos que dejaron lo que estaban haciendo porque una palabra más alta que la costumbre los llamaba hacia el pueblo.

No era una multitud de ciudad, sino la montaña entera acercándose.

Venían desde casas apartadas, desde laderas, desde cuevas, desde caminos que solo conocían quienes los habían pisado desde niños. Algunos traían flores. Otros traían promesas. Otros venían sin nada, solo con la necesidad limpia de escuchar. Había quien había caminado desde antes del amanecer. Había quien llegaba sudado, con los pies doloridos, con el sombrero en la mano, como si entrar al pueblo aquel día exigiera hacerlo con respeto.

Tunte se llenó. Se llenaron las inmediaciones de la iglesia, las calles estrechas, los rincones de sombra, las puertas de las casas. Las mujeres prepararon agua, paños, flores, comida sencilla. No era adorno: era hospitalidad antigua. Cuando el Padrito llegó, algunas se arrodillaron para limpiarle el polvo de los pies. Él se resistió con humildad, pero ellas insistieron con esa terquedad tierna de los pueblos que saben cuándo un gesto vale más que un discurso.

No limpiaban solo el polvo de un caminante. Reconocían el esfuerzo de quien había venido hasta ellos.

Aquella misión no fue únicamente sermón. Fue un movimiento del alma colectiva. Durante los tres días que el Padrito estuvo en Tunte, el pueblo respiró junto. Hubo silencios densos, de esos que no nacen del miedo sino de la atención. Hubo llanto contenido. Hubo confesiones largas. Hubo reconciliaciones que no quedaron escritas. Hubo hombres duros que evitaron mirarse a los ojos al salir. Hubo mujeres que volvieron a sus casas con una paz extraña, como si alguien hubiera tocado una herida antigua sin hacerla sangrar.

Claret hablaba, pero también escuchaba. Eso fue lo que Tirajana entendió. No era un predicador que pasara sobre el pueblo. Era un hombre que se dejaba atravesar por él. Y el valle, que conocía el aislamiento, el hambre seca, la distancia de la capital, los pleitos menudos, las enfermedades, las noches de viento y la dureza de sobrevivir entre riscos, recibió aquella presencia como se recibe una lluvia breve después de meses de cielo vacío.

Durante aquellos tres días, Tunte no fue un punto perdido en la montaña. Fue centro. Fue lugar elegido. Fue caldera encendida, no por fuego de volcán, sino por una misma respiración compartida.

En algún momento de aquella misión, después de entregar a la iglesia y al pueblo, en señal de agradecimiento por su inolvidable recibimiento, la cruz de madera que portaba a su llegada; caminaba hacia Tejeda entre el gentío que lo seguía y el rumor encendido de la Caldera; el misionero se detuvo ante la devoción de Santiago del Pinar. Afuera lo esperaba el pueblo: un murmullo de cuerpos, sombreros, pañuelos, niños inquietos, promesas y polvo. Dentro quedaba una respiración más antigua.

Claret oró. Y quizá comprendió algo sencillo: aquel santo no podía permanecer lejos de quienes lo buscaban

con tanta hambre espiritual. El santo debía bajar al pueblo.

Nada más. Un pensamiento corto, limpio, casi práctico; pero de esos que, cuando nacen en el silencio, terminan moviendo la historia.

La bajada del santo

Sacar a Santiago del Pinar no fue una procesión limpia ni una fiesta ordenada. Fue una decisión dura. Nueve meses después de que el santo misionero orara en la Ermita del Pinar. Un veinte y siete de septiembre del 1849.

El párroco subió con la orden del obispo Codina. No iba solo. Lo acompañaban varios hombres del pueblo, agrupados en torno a aquella obediencia que unos entendían como necesidad y otros como despojo.

También iba una pequeña patrulla militar: cuatro hombres armados, mandados más para contener que para combatir, aunque en los pueblos basta ver un fusil para que la palabra autoridad cambie de peso.

En el Pinar ya los esperaban. La noticia había corrido antes que ellos.

Hombres y mujeres se juntaron cerca de la ermita con el rostro cerrado, los brazos cruzados, la rabia mezclada con devoción. No defendían una talla como quien defiende un objeto. Defendían años de rezos, promesas, romerías, cosechas, enfermedades y miedos puestos bajo la mirada de aquel Santiago antiguo.

—De aquí no baja —dijo una mujer.

No gritó. No hizo falta.

El párroco intentó hablar. Habló de obediencia, de la voluntad del obispo, de la conveniencia de que el santo estuviera en el corazón del pueblo, más cerca de todos, más cuidado, más acompañado por la feligresía. Pero las razones, cuando llegan tarde, suenan a imposición. Y

aquel día cada palabra parecía echar más leña al disgusto.

Los hombres enviados para cargar la imagen entraron en la ermita.

Dentro olía a madera vieja, cera fría y humedad de piedra. Al tocar el anda, el murmullo de fuera creció como una barranquera.

—¡No lo muevan!

—¡Es del Pinar!

—¡Al pueblo tiene que bajar!

Los primeros empujones empezaron en el umbral. Una mano se agarró al madero. Otra tiró del brazo de uno de los cargadores. El santo se ladeó apenas, lo justo para que todos sintieran el espanto de verlo caer. Entonces ya no hubo sermón posible. Hubo manos, voces, cuerpos cerrando el paso, hombres intentando abrirlo, mujeres llorando de rabia y de fe.

La patrulla se adelantó. El militar más joven, quizá asustado por el remolino de cuerpos, quizá incapaz de distinguir entre amenaza y barullo, levantó el fusil. El tiro sonó seco en el aire. Durante un instante, la montaña entera pareció callarse.

Las mujeres se quedaron inmóviles. Los hombres soltaron brazos y camisas. Algún niño lloró. El humo breve del disparo subió por encima de las cabezas como una vergüenza. No hubo sangre, pero algo se rompió.

Hasta los que querían bajar al santo comprendieron que aquella orden acababa de atravesar una frontera.

El párroco miró al soldado.

—¡Baje el arma!

El muchacho obedeció, pálido.

Pero el silencio ya estaba hecho. Y en ese silencio los cargadores ajustaron el peso, afirmaron las manos bajo el anda y empezaron a mover la imagen hacia la salida.

La mujer que había hablado primero caminó detrás, llorando sin ruido, con la mano rozando todavía el madero.

—Se lo llevan —murmuró—. Se lo llevan.

Nadie le contestó.

El sendero obligaba a bajar despacio. Un resbalón podía convertir la disputa en desgracia. Los hombres que cargaban ya no discutían. Respiraban corto, mirando al suelo, midiendo cada piedra. Los del Pinar seguían detrás, vencidos pero no conformes. Los del pueblo abrían paso con la tensión todavía metida en los hombros. Los cuatro militares caminaban a un lado, incómodos, conscientes de que su presencia había servido para imponer orden, pero también para dejar memoria.

Santiago bajó. No bajó entre cantos limpios ni campanas alegres. Bajó entre polvo, rabia, obediencia, miedo y devoción partida. Bajó porque lo mandaba el obispo, porque el párroco cumplió la orden, porque el pueblo de Tunte lo quería en su iglesia y porque el Pinar, aun resistiendo, no pudo retenerlo.



La bajada del santo, 1849

Cuando la imagen entró en Tunte, algunos se santi-guaron. Otros callaron.

Hubo quien lloró de alegría y quien lloró de pérdida. Nadie podía decir todavía qué significaba aquello, pero todos comprendieron que no era solo un traslado.

Santiago entraba en el corazón del pueblo. Y con él entraba también una herida.

La pobreza no iba a desaparecer por tener al santo más cerca. Los caminos seguirían siendo malos. La Cal-dera seguiría encerrada entre riscos.

Pero desde aquel día Tunte tuvo en su iglesia una ima-gen que no había bajado sin lucha. Y quizá por eso mismo su presencia pesó más: porque no representaba una de-voción tranquila, sino una centralidad conquistada entre obediencia, resistencia y memoria.

Muchos años después, una mirada inglesa entraría en aquella iglesia y vería allí al santo. Olivia Stone anotaría

lo que vio sin saber aún que aquella imagen, aquel pueblo y aquella casa abierta pertenecían a una misma historia.

Pero esta historia no empieza con una viajera, aunque sea ella quien al final encuentre las palabras para contarla. Empieza antes, cuando la isla cerró sus caminos y la muerte subió también hacia los pueblos altos.

CONTINÚA LA HISTORIA

Villa de Tunte está disponible en:

Kindle Unlimited

eBook Kindle

Edición en papel

pepeyanez.com

© 2026 José Carlos Martín Yáñez

Fragmento autorizado para lectura y difusión desde la web del autor.